

CANADA, EN AMERICA

En 1823, el Presidente Monroe, en un mensaje al Congreso de Estados Unidos, hizo pública una declaración de principios sobre la política exterior de Norteamérica, que resumida en una frase: «América para los americanos», constituye hoy en día un objetivo parcialmente vigente.

En un Hemisferio que acaba de liberarse de los lazos que le sujetaban a potencias Europeas, Estados Unidos asumía un papel directivo, abatiendo sobre el Continente una cortina diplomática para impedir que los de fuera pudieran intervenir políticamente dentro y los de dentro tuvieran tentaciones de tomar parte en los acontecimientos internacionales que se desarrollaban fuera de la órbita americana.

El éxito de esta fórmula diplomática, forjada en Washington, constituye en estos momentos, en que la fórmula se resquebraja, una evidencia histórica.

Varios son los factores que contribuyeron al aislamiento político de América; la potencia norteamericana para imponer sus objetivos internacionales, la exclusiva preocupación de los distintos países hispanoamericanos por sus problemas internos y la apertura de Africa y Asia a nuevas aventuras coloniales europeas, son tal vez las más importantes.

Desde Washington, la santidad del santuario americano fué preservada, incluso a través de dos conflagraciones mundiales y Estados Unidos, hasta nuestros días, bastó por sí solo y naturalmente a su manera, para satisfacer las necesidades técnicas y económicas de las Repúblicas del Sur.

La doctrina de Monroe no fué, por tanto, una mera declaración platónica. Económicamente, Estados Unidos controló pronto la vida de sus vecinos continentales, invirtiendo en ellos bienes de capital que en 1957 llegaban a los 8.000 millones de dólares. Las materias primas del continente del Sur encontraron su casi único mercado en Norteamérica. Salvo la carne y el trigo argentinos, parte del azúcar cubano y del café brasileño, la producción

de las Repúblicas hispanoamericanas, desde el estaño biliviano hasta el petróleo de Venezuela, pasando por los plátanos y frutas del Caribe y Centroamérica, encontró salida pronto en los mercados de Estados Unidos, que proporcionaba a cambio bienes manufacturados a unas economías esencialmente agrícolas y extractivas. Más de cien años de este régimen comercial consolidaron el desequilibrio tremendo que hoy existe entre los niveles de vida del sur y del norte de América. Desequilibrio que se da siempre entre una sociedad que sólo vive de las minas o del campo y una sociedad industrial.

Políticamente, Estados Unidos desarrolló una actividad diplomática constante a lo largo de los caminos paralelos.

De un lado, impidiendo la creación de un bloque hispanoamericano que soldara la fragmentación creada por la independencia, cortando de este modo en sus orígenes los proyectos continentales de Bolívar y de su Congreso panameño. Sólo cuando la solidaridad pudo alcanzarse bajo la égida de Estados Unidos, Washington la aceptó, la impulsó y la conformó según sus propios objetivos, creando la O. E. A., que Castro—el primero—ha tachado de obstáculo máximo a la libertad americana.

De otro lado, Estados Unidos tuvo buen cuidado de apartar de América las ambiciones europeas. Primero alentando la rebelión emancipadora frente a España y Portugal. Estimulando luego la resistencia local frente a aventuras europeas, como la de España en la guerra del Pacífico o la de Francia bajo Napoleón III en Méjico. Después, comprando a Inglaterra derechos e intereses económicos en el Caribe, como en el Tratado Hoy-Pauncefote, y montando guardia en todo momento ante cualquier intento extracontinental de influir en el Hemisferio.

El resultado de esta política no pudo ser más concluyente. Unas pequeñas colonias en el Caribe (francesas, holandesas, danesas y británicas) eran, a mediados de este siglo, todo lo que quedaba como testimonio pintoresco del pasado europeo del continente americano. Y aún así, sobre estos pequeños territorios coloniales, Washington extendía su sombra protectora.

En los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores del III Reich, publicados por los aliados después de la guerra, figura una nota verbal americana al Gobierno alemán, muy significativa. Al caer Francia en 1941 y mientras el régimen de Vichy no había dado aún sus primeros pasos, Estados Unidos, aún neutral, invocaba la doctrina de Monroe ante Alemania, señalando que Washington no admitía el que la conquista de la Francia metropolitana pudiera tener repercusión alguna en los territorios franceses del

Caribe. El gobernador de las Antillas francesas pasaba así, indirectamente, a quedar supeditado a Washington.

No sólo el imperio de la economía o el mayor peso específico norteamericano, el abandono europeo o el desinterés de Sudamérica, intervinieron en el éxito del monroísmo. Una razón más, y tal vez no la menos importante, coadyuvó activamente al triunfo de esta política; las Repúblicas hispanoamericanas y Estados Unidos nacieron a la vida independiente apoyándose en los mismos postulados ideológicos.

El espíritu de la ilustración, los derechos del hombre y del ciudadano, el equilibrio de los tres clásicos poderes de Montesquieu y el republicanismo, que todo esto lleva consigo, empapan los artículos de las constituciones americanas y las teorías políticas de sus fundadores. Se traslucen en los discursos, en la vida intelectual y universitaria y en los actos políticos de cada día. Son, desde Washington a Buenos Aires y Santiago, verdades sagradas ante las cuales cualquier disentimiento es de antemano condenado. Cuando los principios no pueden aplicarse porque las condiciones sociales y económicas lo impiden, surgen los dictadores, meros guardianes del orden público y apóstoles más o menos convencidos de una democracia que si bien violan, es sólo a título provisional y en aras de su posterior triunfo y de su mayor pureza.

Sería hacer muy largo este trabajo cualquier disquisición sobre la comunidad de ideas políticas existentes entre los Estados que integran la geografía americana. Es, sin embargo, conveniente señalar que si bien en Estados Unidos, la declaración de independencia y la Constitución encajan como anillo al dedo en la realidad política y sociológica que rigen, las doctrinas de la Ilustración y de la Revolución francesa importadas en la América hispana en los últimos años del siglo XVII no han parecido ser las más adecuadas para estructurar la vida política de unas comunidades conformadas de acuerdo con criterios jurídicos muy distintos. La colonización española y portuguesa con su objetivo cristiano de incorporar al indio a la civilización occidental, sólo podía dar lugar en 1820, al verse sometida a la reacción química de los Derechos del Hombre y del ciudadano, a una veintena de países que hoy serían calificados como «subdesarrollados». Ahí radica posiblemente la causa principal de los males que aquejan a la América hispana.

* * *

En esta versión fotográfica del panorama político americano, salta, sin embargo, inmediatamente a la vista lo que los ingleses llamarían una *oddtiy*.

es decir, una extraña excepción a una norma común. Una isla política, cuyo nacimiento a la vida internacional y desenvolvimiento posterior rompe todas las reglas señaladas para sus vecinos. Nos referimos a Canadá, cuya existencia misma constituye en América un caso aparte que conviene examinar dentro del panorama continental que acabamos de bosquejar.

Canadá es, en efecto, un país americano—la segunda potencia económica y militar del continente—cuya vida se desarrolla, sin embargo, a espaldas de la del resto del Hemisferio. Sin ser hostil, ni mucho menos, a sus vecinos, Canadá es, o mejor dicho, ha sido, en el Hemisferio Occidental, lo que Israel o la Unión Sudafricana pueden ser en el Próximo y Medio Oriente o en Africa. Un cuerpo político extraño relacionado con el medio ambiente tan sólo por lazos geográficos y económicos.

La explicación de esta situación excepcional radica en la historia del Canadá mismo.

Descubierto por los franceses a principio del siglo XVII, la dureza del clima y la hostilidad del nativo y de los colonos británicos establecidos con anterioridad en la costa atlántica de Norteamérica, impidieron que el país fuera poblado y colonizado hasta ya bien entrado el siglo XVIII.

Sus primeros años fueron muy difíciles; a las dificultades geográficas había que añadir las creadas por las guerras europeas entre los monarcas absolutistas que tuvieron su reflejo en el Nuevo Mundo.

Hay que reconocer que España, en general, salvo los ataques a las ciudades costeras del Caribe, pudo desarrollar sin trabas su política de expansión en los territorios del Sur. Francia en Canadá tuvo, en cambio, que mantener una constante guerra defensiva contra la Flota británica y los colonos de Nueva Inglaterra. Por eso, cuando en 1763, por el Tratado de París, que pone fin a la guerra de los Siete Años, la provincia de Quebec, es decir, la totalidad del Canadá colonizado—parte mínima de lo que es el país hoy día—, pasa a manos inglesas, tan sólo una población de 40.000 colonos franceses quedaban como testimonio del paso de Francia por el Norte de América.

Esta población francesa, núcleo de los cuatro millones y medio de canadienses franceses que pueblan Canadá hoy en día, fué separada abruptamente de su metrópoli antes de la Revolución de 1792. Se trataba fundamentalmente de un núcleo rural cuyas «élites» administradoras y gobernantes retornaron a Europa al perderse la colonia para Francia. Los que quedaron—campesinos apegados a la tierra desde varias generaciones—pasaron con su religión, con su lengua, con sus costumbres y su mentalidad del abso-

lutismo borbónico a las instituciones de derecho público anglosajonas. La revolución francesa fué para ellos un hecho remoto cuyos ecos les llegarían, deformados por el tiempo y la distancia, tan sólo a finales del siglo XIX.

En el canadiense francés, incorporado al Imperio británico, no calaron por tanto las ideas de la Ilustración y de la Revolución. Canadá, a principios del siglo XIX, era una remota Vendée preservada en el alcohol del régimen jurídico inglés.

Ante esta población franco-canadiense vino a unirse pronto un núcleo ciudadano anglosajón. La independencia de Estados Unidos no fué fruto, como se cree habitualmente, de un esfuerzo unánime de los colonos ingleses del Nuevo Mundo. Muchos de ellos, los que pasarían a la Historia con el apelativo de «United Empire Loyalists», rechazando las doctrinas de los congresistas de Filadelfia, prefirieron mantenerse fieles al vínculo imperial. Fueron expulsados o se expatriaron voluntariamente, asentándose en la parte de Canadá, a donde los franceses no habían aún llegado cuando el país fué conquistado por Inglaterra. Los «United Empire Loyalists» constituyen así el núcleo fundamental de la población anglosajona del país, habiendo colonizado las provincias atlánticas y la de Ontario, la más grande en extensión después de Quebec y principal reducto industrial y económico del Canadá moderno.

Entre los dos grupos étnicos, tan diferentes en religión, idioma y costumbres, el entendimiento tenía que ser necesariamente difícil, máxime cuando el sector anglosajón, emigrado de Estados Unidos y violentamente afecto al Imperio británico, pretendió, en un principio, britanizar al canadiense francés.

Tres factores contribuyeron, sin embargo, a forzar el diálogo entre las dos comunidades, diálogo al que se debe lo que es en la actualidad Canadá. Por un lado, la sujeción al vínculo británico, que aseguraba la existencia de instituciones políticas comunes a francos y anglo-canadienses. Las alteraciones producidas en dicho vínculo a lo largo de la historia, es decir, la transformación del *Status* de Colonia de la Corona en Estado independiente, pasando por el régimen de Dominio, fué fruto del común esfuerzo de los dos sectores nacionales que componían la estructura sociológica canadiense.

Por otro lado, la convivencia en el seno de una misma unidad política dió lugar al nacimiento de una entidad económica unitaria, que en

un proceso de rápido desarrollo englobó pronto a canadienses franceses e ingleses.

El último factor de este entendimiento y tal vez el más importante desde el punto de vista de este trabajo, se hace patente en la común aversión de anglo y franco canadienses a todo lo que representaba la ideología de la Revolución y de la Ilustración. En el Canadá francés, el clero rural, que había permanecido al lado de sus feligreses asumiendo el papel de «élite» intelectual, se encargó de mantener viva la mentalidad del *Ancien Régime*.

Los «United Empire Loyalists», al escoger el exilio antes que la independencia, no podían menos de repudiar las doctrinas que habían dado lugar al nacimiento de Norteamérica. Esta, por su parte, en plena guerra de independencia, y más tarde en la guerra contra Inglaterra, pretendió anexionarse Canadá, salvado para el Imperio por la enegía de sus habitantes, más enemigos de un régimen a la americana que devotos vasallos de un rey residente al otro lado del mar.

Canadá nació, pues, políticamente a la vida como un cuerpo extraño en el seno del Hemisferio Occidental. Su lucha por la independencia de que hoy goza—y lucha hubo, a veces tan cruenta como la que precedió a la emancipación del resto de América—fué desarrollada dentro del cuadro de las instituciones británicas que fueron adaptadas empíricamente a las realidades sociales, espirituales y económicas del país.

Es comprensible, pues, el alejamiento canadiense de todo lo que América significa y la falta de interés en todo lo que a América preocupa. Separado, además, de Sudamérica, por Estados Unidos, Canadá no ha participado de los problemas ni de las inquietudes de América del Sur, cuyo proceso evolutivo contempla con la falta de pasión de un observador lejano. Hasta el momento, Canadá se ha negado a formar parte de la Organización de Estados Americanos y en un Continente de Repúblicas, Canadá es el único reino. Si bien es verdad que desde el final de la II Guerra Mundial ha establecido relaciones diplomáticas directas con todas las Repúblicas al Sur del Río Grande, sus contactos con las mismas responden a objetivos más comerciales que políticos. Tan sólo un pequeño núcleo canadiense francés se ha interesado por lo que pasaba en Hispanoamérica, reclamando en algunas ocasiones, sin demasiado calor, justo es decirlo, la adscripción de Ottawa a la O. E. A. No debe dejar de señalarse que la provincia de Quebec da uno de los índices más altos de vocaciones religiosas y



que sus misioneros católicos se dirigen principalmente a los países de América del Sur.

* * *

El aislamiento espiritual canadiense en relación con el resto del Hemisferio, sólo pudo ser salvaguardado en la práctica por la adhesión sincera y activa del Canadá al vínculo imperial primero y al Commonwealth después. Con las espaldas guardadas por Londres, Canadá pudo soslayar el verse implicado en los problemas americanos. Para Ottawa, América se limitó a Estados Unidos; a servir de puente entre norteamericanos o ingleses, orientó, por tanto, su política exterior.

Para el observador desinteresado, Canadá aparece en la historia política de los últimos años como una potencia occidental y atlántica, ligada estrechamente—tan estrechamente como lo pueden estar los países del norte de Europa—al mundo occidental. Sus relaciones con los Estados Unidos no participan de las mismas características que las que mantienen con el vecino del Norte, las Repúblicas del Sur. Económica y geográficamente, la frontera común de cerca de 3.000 kilómetros que separa a Canadá de EE. UU. liga forzosamente el destino de ambas naciones. Este contacto con EE. UU. es el único lazo de unión del Canadá con el Continente que salva en parte el vacío producido por el alejamiento espiritual del país, al que se ha hecho mención.

La interdependencia económica entre los dos países no supone, sin embargo, una supeditación de Canadá a Norteamérica. Es más, a pesar de ser en 1957 de once mil millones de dólares la cifra de inversiones norteamericanas en la economía canadiense—cantidad superior a todas las inversiones del mismo origen en Hispanoamérica—, la política de Ottawa ha podido seguir una línea independiente y este capital extranjero ha sido utilizado por los medios financieros y económicos del Canadá para desarrollar industrialmente al país.

El éxito de esta política económica del Canadá se debe en gran parte a las cualidades administradoras de una minoría escocesa que controla las finanzas del país y que sabe producir jugosos dividendos para el inversor extranjero, sin por eso dejarle influir demasiado en la marcha de las empresas a las que su dinero está afectado.

Perfilado ya el contorno político canadiense dentro del Hemisferio americano, es más fácil seguir la evolución de la personalidad exterior del Canadá en el curso del presente siglo, años decisivos para un país que tan sólo

en 1867 adquirió su actual *status* constitucional, al aprobarse la British-Nort America Act, por la que se le concedía la facultad de gobernarse a sí mismo.

Desde que en 1867 se crea la Confederación, Canadá pasa a ser un Estado soberano, cuya independencia en política exterior se va desarrollando en la práctica hasta verse consagrada legalmente en los Estatutos de Westminster.

Constitucionalmente, Canadá está integrado por diez provincias, cada una de las cuales goza de gran autonomía, poseyendo su Gobierno y su Asamblea Legislativa propia. Entre estas diez provincias, la de Quebec, la mayor en extensión territorial y poblada por cerca de cinco millones de habitantes, es fundamentalmente francesa y católica. Su idioma legislativo y administrativo es el francés, segunda lengua oficial de la Confederación. Las otras nueve provincias, aunque conteniendo también en su seno pequeñas minorías franco-canadienses, son en principio anglosajonas.

Entre las nueve, la más importante es la de Ontario, segunda en extensión geográfica después de Quebec y con una población ligeramente superior a la de esta última. Ontario es el principal reducto industrial y financiero del país, y con Quebec, dirige en gran medida la política federal.

La capital de la Confederación radica en Ottawa, pequeña población entre Quebec y Ontario, elegida para sede del Gobierno y de un parlamento a la inglesa, dividido en una Cámara de los Comunes y en un Senado.

La Cámara Baja está integrada por diputados que representan cada uno a un determinado número de habitantes fijados por distritos, como en Gran Bretaña, y el Senado se forma con representantes provinciales en forma parecida a lo que ocurre en Norteamérica.

Dos grandes partidos, el liberal y el conservador, se enfrentan en la arena federal y se reparten el gobierno del país. Los socialistas constituyen una minoría y el partido comunista no ha logrado nunca verse representado en los Comunes.

En las distintas provincias existen también partidos políticos cuyos objetivos suelen concretarse en problemas que no rebasan la órbita provincial y tienen, por tanto, poco interés para el resto del país. Es digna de señalarse la existencia, en Quebec, de un partido de «L'Union Nationale», que ha gobernado la provincia durante más de veinte años seguidos.

La dicotomía étnica del Canadá, donde la tercera parte de la población es católica y de lengua francesa, ha sido subsanada hábilmente en el campo

de la política interior por la complicada maquinaria constitucional que acaba de esbozarse. En el campo de la política exterior, la división del país en dos grupos étnicos cuenta menos. El canadiense francés se ha limitado, en lo que a la proyección internacional del país se refiere, a negarse a participar en las guerras del Imperio británico. Su oposición a que Canadá entrara en la I Guerra Mundial se repitió con caracteres más agudos aún en la Segunda, dando lugar a una crisis que estuvo a punto de dar al traste con el aparato constitucional.

Por lo demás, el canadiense francés acepta en sus grandes líneas el planteamiento general de la política exterior del país, orientada, como antes se señalaba, a servir de intermediario entre Londres y Washington, dentro de la gran alianza anglosajona.

El sentirse estrechamente ligado a ambos países, el vecino, de raza y lengua afín y la Madre Patria, cuyo rey lo es también del Canadá, hace de la Confederación canadiense un importante miembro de la alianza atlántica. La participación canadiense en las tareas de la O. T. A. N. se ve además acrecentada por el peligro que supone la proximidad de Rusia a través de una frontera ártica cada día más vulnerable ante los avances de la técnica moderna.

Con el resto del globo, Canadá aspira a mantener unas relaciones en las que predomina el signo de lo económico, cosa explicable en un país que está a punto de convertirse en una de las grandes potencias industriales del mundo libre.

La evolución de la política interior e internacional del Canadá en los próximos años merece ser seguida con atención. En un hemisferio americano sujeto a la estructura de la O. E. A., Canadá se mantiene aparte. Si la estructura continental se altera radicalmente y los países que la integran se dividen en bloques o buscan más estrechos contactos con países extraamericanos, el Canadá puede desempeñar un papel más activo en una zona geográfica donde hasta ahora ha sido una isla política y espiritual.

FERNANDO OLIVIE.